

Anna Manso

LA PEOR MADRE DEL MUNDO

Manual para convertirse
en una madre o un padre imperfectos

arpa

SUMARIO

Descodificador, o quién leches soy yo	13
Introducción	15
La carta de dimisión	17
El test	24
Cómo utilizar este manual	29
LECCIÓN 1	
Saldrás del armario con gafas 3D	32
LECCIÓN 2	
Recitarás el mantra: «Escuela, oh, dulce escuela»	50
LECCIÓN 3	
Aceptarás que Mary Poppins no existe	69
LECCIÓN 4	
Detectarás las trampas mortales de fiestas, tiempo de ocio y otras situaciones extremas	88
LECCIÓN 5	
Aplicarás las normas disciplinarias que te convengan	107
LECCIÓN 6	
Sobrevivirás a los tres meses de verano con alegría	127

LECCIÓN 7	
Borrarás la palabra «culpa» de tu cerebro	146
LECCIÓN 8	
Estudiarás con espíritu científico a los menores de edad que tienes a tu cargo	167
LECCIÓN 9	
Aprenderás de los demás aquello que te convenga. Lo que no te convenga, pues no	185
LECCIÓN 10	
Te reirás una vez al día, como mínimo, a poder ser de ti mism@	203
Cuaderno de verano... o invierno... o primavera... u otoño	219
El decálogo	249
Glosario	251
Agradecimientos	255

Para Eva, Pol y Nil
Para el padre de las criaturas

DESCODIFICADOR, O QUIÉN LECHES SOY YO

Estimada persona que se ha gastado la pasta comprando este libro, no sé si te preguntarás quién leches es esta pájara que se autodenomina «la peor madre del mundo», pero por si las moscas te lo cuento en un pis pas. Soy una progenitora de familia numerosa que se gana la vida escribiendo guiones, cuentos, libros infantiles y juveniles, dando conferencias y haciendo otras mil cosas en medios de comunicación, centros escolares y bibliotecas. Hasta ahí parezco normal. Pero un día, invitada por una amiga escritora y periodista, creé un blog llamado «La pitjor mare del món» (La peor madre del mundo) para poder rajarse de mí misma y quedarme descansada. Me lo planteé como ir a terapia pero sin gastar ni un euro. Pocos meses después nació el periódico ARA y tuve la gran suerte de que me pidieran escribir una columna semanal con el mismo título y la misma intención. Iba a seguir rajando de mis miserias y haciendo terapia... ¡y me iban a pagar! El blog nació un mayo del 2010 y los artículos un julio del 2011, así que soy una auténtica veterana. Sí, soy una auténtica veterana. Es más, en este asunto de rajarse sobre mis pocas habilidades como madre y de reivindicar la imperfección a la hora de criar hijos, creo que soy LA veterana por estos lares. Ejem.

Y ahora he creído necesario publicar este libro para difundir un mensaje claro: la perfección mata y el humor salva vidas.

Aclarado el asunto de quién soy y por qué me he metido en este berenjenal, empecemos.

INTRODUCCIÓN

Estimados lectores, el libro que tenéis en vuestras manos es la explicación impúdica de la transformación que he experimentado hasta llegar a asumir la feliz personalidad de la peor madre del mundo. Una transformación que, a diferencia de la que sufrió el pobre Gregor Samsa, os invito a emular para abandonar de forma definitiva el martirologio de la perfección maternopaternal.

Sí, este es un libro para todas aquellas personas con menores y mayores de edad a cargo (MEC), especialmente progenitores y progenitoras, ansiosos por dar un vuelco a su vida y descubrir que las mañanas son algo más que una contrarreloj para lograr que esos seres que se resisten a levantarse entren por la puerta del colegio con un aspecto presentable. Sí, señoras y señores: si vuestros hijos insisten en ir al colegio peinados como un *revival* de Rod Stewart, con una zapatilla rosa robada a su hermano en un pie y una deportiva apestosa en el otro, y con restos solidificados del desayuno de tres días pegados en la cara, nosotros podemos limitarnos a avisaros de las consecuencias legales de dicha acción y de su poco éxito social ¡y punto! ¡Pero eso no es todo! Si eso sucede y los menores entran en el

recinto escolar con tan lamentable aspecto, los progenitores podemos mirarnos al espejo ¡y seguir considerándonos personas!

Porque, oh progenitores que aspiran al Olimpo, en el que habitan diosas tan dignas de ser emuladas como Mary Poppins, nuestras madres y las madres y padres de todos los menores de edad que tenemos a nuestro alrededor, servidora os propone un reto: ¡olvidaos! Dejad atrás ese camino intrincado, empinado y resbaladizo, y descubrid un nuevo paradigma: ¡hay vida más allá de la perfección! O dicho de otra forma, dejaos de tonterías y sed bienvenidos al club de los padres y las madres imperfectos.

Debéis saber que no siempre he sido igual de sabia. No, no. Todo proceso tiene su porqué. La personalidad que he abrazado con entusiasmo, la que me ha salvado de la locura, no surgió de forma inmediata, sino que llegó por etapas.

Ya no soy la persona que tomaba el sol un 21 de julio de hace ya unos cuantos añitos, ni tampoco aquella que al día siguiente contemplaba con cara de espanto a la niña que había aparecido tres semanas antes de lo previsto. Tampoco la que pensó que tener hermanos es el mejor regalo que puede hacerse a una hija única. Ni la mujer que deseaba que su tercer hijo tuviese espíritu de «casco azul» para mediar entre sus dos hermanos mayores. Toda transformación auténtica tiene un punto álgido conocido mundialmente como «el gran tortazo», también como «crisis», «callejón sin salida» y otras expresiones que significan lo mismo: un momento patético y para olvidar. En mi caso, a ese agujero negro emocional lo he bautizado como «el episodio de la carta de dimisión».

LA CARTA DE DIMISIÓN

Un día me encerré en el lavabo, me tumbé en la bañera, corrí las cortinas y cerré los ojos. Ah, qué descanso, me dije... Cagüentodo, aún los oía. Como un lejano rumor, pero los oía. Unos tapones en los oídos y unas toallas fueron la solución para conseguir, por fin, el aislamiento que tanto ansiaba. Y allí, en ese ridículo y perfecto estado, redacté la carta de dimisión que aquí transcribo:

Estimados responsables del Departamento de Maternidad y Pater-
nidad de la ciudad de Barcelona:

Como titular del expediente MEC Número 1, MEC Número 2 y MEC Número 3 les presento la carta de dimisión de mis funciones. La causa no es otra que mi reiterada ineptitud, una escasa efectividad y un agotamiento extremo. Tal situación tiene un firme respaldo científico y ha sido convenientemente estudiada por una entidad nada independiente, es decir, una servidora. El resultado del estudio es contundente: años después de ejercer el cargo de titular de los tres expedientes, el nivel de ineptitud se empecina en un 85,33 %, la efectividad se estanca en un deplorable 7,59 % y el agotamiento aumenta el doble que el IPC anual.

Tal y como consta en el expediente MEC Número 1, la titular lleva sus buenos años tratando de ejercer una influencia moderada

y el máximo de inofensiva en sus menores de edad a cargo (los tres MEC citados anteriormente), y hoy lo deja. ¿Por qué hoy y no ayer? ¿O dentro de tres meses? La respuesta no es fácil y un espíritu insensible puede concluir de forma equivocada que mis motivaciones son débiles y egoístas. Pero todas esas personas que se encuentren en mi misma situación comprenderán mi estado nervioso y la impotencia que me embarga. Hace diez días me disponía a escribir las primeras palabras de un nuevo libro, un proyecto largamente aplazado que pretendía iniciar con la alegría y la inconsciencia inherente a toda andadura literaria. El padre de las criaturas no estaba, pero contaba con el bendito tiempo escolar.

Horas antes, a las 12:16 de la noche, el elemento MEC Número 3, también conocido como «el pequeño», requirió presencia adulta por molestias otorrinolaringológicas. Otitis, vaya. Lo dopé con el líquido naranja habitual, encendí el ordenador para programar una visita médica a primera hora de la tarde gracias al aún más bendito portal web que lo permite, planifiqué una mañana de abducción televisiva para el pequeño y volví a la cama pensando que mi proyecto literario aún tenía futuro. A las 4:19 de la madrugada el elemento MEC Número 1, la mayor de los menores de edad que tengo a cargo, decidió presentar un cuadro gripal agudo. La dopé con el líquido rosa habitual, no pedí hora al médico porque, como ciudadana responsable que soy, no quise colapsar el sistema con un simple caso que tan solo necesitaba antitérmicos, ingestión de líquidos abundantes y reposo, y empecé a temer seriamente por las primeras fases de escritura del libro. Temor que pasó a ser certeza a las 7:31, cuando el MEC Número 2, un elemento que disfruta de una salud de hierro, se levantó de la cama de un brinco y echó a correr hacia el lavabo, víctima de un molesto virus gastrointestinal.

Los días sucesivos podrían describirse con un sinnúmero de adjetivos, excepto los literarios, plácidos y entusiastas. El destino ha querido que la epidemia de virus nada graves y altamente molestos coincidiese, además de con la ausencia del progenitor, con un viaje de los abuelos de las criaturas a su pueblo de origen, a demasiados

kilómetros de distancia, y con unas jornadas culturales organizadas por la otra abuela de los tres MEC en el hogar de jubilados del barrio. Pero el destino, sádico, ha insistido en sazonar la herida con otra circunstancia nada grave y muy, muy molesta: la caldera ha hecho *kaputt*. Por lo tanto, a la tensión inherente de tres menores de edad a cargo pululando irritados y griposos por el hogar familiar, hay que añadir la falta total de agua caliente y de calefacción en pleno mes de enero. Por suerte, en dos habitaciones y el comedor tenemos instalados aparatos de aire acondicionado con bomba de calor. Por desgracia, la circunstancia nos ha obligado a los MEC y a una servidora a convivir demasiadas horas en la misma estancia. Lo que ha terminado de rematarme han sido las obras de instalación de la nueva caldera, que ha tenido que ser cambiada de lugar para cumplir con una nueva normativa. La mezcla de polvo, virus, peleas, estrés, juegos salvajes, jarabes, aburrimiento, termómetros y defensas bajas, además de los años de crianza acumulados, me han llevado al límite de mi resistencia.

Una servidora abandona, y sospecho que también abandonará el padre de las criaturas, cuando regrese, con quien acostumbro a establecer turnos para trabajar o simular que trabajamos. Por lo tanto, les pido, les ruego, les suplico que se hagan cargo de los tres expedientes con la profesionalidad que a mí me ha faltado.

Atentamente,

A. M. M.

Cuando la terminé me quedé tan descansada que me dormí. Horas después me levanté molida y con una tortícolis de caballo. Un silencio sospechoso se había apoderado de la casa. La causa no era otra que el sueño. Los tres MEC dormían agotados con una nota del lampista al lado, que anunciaba que la caldera ya estaba instalada, que se iba y que ya pasaría a cobrar. Y que no nos había despertado porque se hacía cargo de nuestro delicado equilibrio psicológico y espiritual. Efectivamente, los radiadores volvían a emitir ese calorcillo tan agradable

y en lugar de la irritante ducha escocesa volvíamos a disfrutar de agua caliente. Por el contrario, el termómetro indicaba que mis hijos habían recuperado la temperatura normal. El calor, el silencio y aquellos treinta y seis grados de la pantallita digital del termómetro me conmovieron de tal forma que de repente lo tuve claro. Hice trizas la carta (tan solo un poco, por si acaso, y por eso he podido transcribirla) y me juré a mí misma que seguiría haciéndome cargo de esos tres expedientes, aunque eso sí, de una forma radicalmente diferente. El problema era que no tenía ni idea de qué consistía ese «radicalmente diferente» y el agobio se apoderó de mí.

Entonces llamaron a la puerta. Era el cartero. Ese día llevaba una revista de un club cultural con un regalo encartado: unas gafas 3D de aquellas con cristales de papel de celofán rojo y azul. Justo en ese momento, el MEC Número 2 se despertó y preguntó catorce veces seguidas si podía jugar con el videojuego. Y yo, harta de repetirle la palabra «no», probé a descolocarlo poniéndome las gafas. Entonces, al ver mi imagen en el espejo del comedor, experimenté una epifanía. El milagro de la claridad mental me dejó muda. De repente entendí que no hay nada que entender. Que un niño con la piel azul y roja siempre parece menos tocapelotas. Que los progenitores ideales con supuestas vidas ideales con los que me comparo son un atajo de mentirosos compulsivos y que sufren igual que yo. Y que la señora loca del espejo se merecía salir del armario. El poeta J. V. Foix decía: «Es cuando sueño que lo veo todo claro» («Es quan dormo que hi veig clar»), y le fusilé el verso para afirmar con orgullo que «es cuando llevo gafas 3D que de una maldita vez lo veo todo claro». La peor madre del mundo acababa de nacer y nada volvería a ser igual.

Las gafas fueron el empujoncito que necesitaba para afirmar orgullosa que sí, que soy la peor madre del mundo. Y que

ser nefasta no significa no ser lúcida. Llegar hasta aquí me ha costado millones de fracasos míos y solo míos y no quiero que nadie me arrebate un título que me he ganado a pulso. Y empecé a escribir una columna periodística para difundir la buena nueva de la imperfección.

Pero al poco me asaltaron unas cuantas dudas existenciales. ¿Estaré haciendo el panoli? Para mi sorpresa, muchas madres y padres se pusieron en contacto conmigo para agradecerme el gesto. Ellos también se sentían un asco de progenitores y que alguien fuese capaz de estar tan loca como para escribirlo y firmar con el nombre auténtico y no con seudónimo, les había quitado un peso de encima. Y fundé el club de los padres y madres imperfectos. Ahora, cuando me olvido de quién soy y vuelve a mí un pensamiento que empieza por la palabra más mortífera del universo, «debería...», me calzo las gafas 3D. En casa, entonces, saben que soy invencible, indestructible e insuperable y me dejan en paz. Hace tiempo que sospecho que, en realidad, no son mis superpoderes lo que temen, sino que atravesase la delgada línea que separa la racionalidad de la locura. Sea lo que fuere, funciona. Algún día les contaré que el secreto de las gafas no es otro que el humor y que no es necesario que sufran por mi salud mental. Algún día.

Nota aclaratoria 1

Tengo que confesarlo: soy mujer. Me gustaría poder cambiar de sexo a voluntad, pero aún no se ha inventado ninguna máquina para conseguirlo. También he de confesar que me toca profundamente las narices el lenguaje políticamente correcto. Y tercera confesión: creo firmemente en la fuerte autoestima del género masculino de nuestra civilización. Por lo tanto, y como en muchas ocasiones, me estaré poniendo a mí de

ejemplo, hablaré de madres, de progenitoras, pero me estaré dirigiendo también a los padres, los progenitores, todos ellos hombres fuertes que no se traumatizarán porque no me dirija a ellos exactamente. Si alguien se sintiese especialmente herido, excluido o rechazado, que presente su queja a defensordellec-tordelapeormadredelmundo@manso.org y recibirá su correspondiente respuesta. También puede beberse una copa de vermut del Matarraña, con hielo y limón, y descubrir que el trauma se ha volatilizado a la misma velocidad que el líquido delicioso.

Nota aclaratoria 2

Tengo que confesarlo: ser mujer es lo mejor que podría haberme sucedido, pero a veces dan mucha rabia según qué cosas, como el extraño fenómeno del disco duro que no quería ser traspasado. ¿Que qué narices es el disco duro? Pues aquello que las eminencias francesas en sociología han tenido a bien llamar «la carga mental». Yo siempre lo he llamado «disco duro» sin saber que tenía un nombre académico, «carga mental», pero es lo mismo. Y se refiere a todo aquello que implica organizar la familia, planificar, prever, pensar y, en resumidas cuentas, darle a la neurona con temas logísticos. Y eso las eminencias francesas en sociología y servidora y hasta el conserje del museo de arte de Cromañón concluimos que recae en su mayoría en los cerebros femeninos, ya sea porque estamos hablando de familias monoparentales, como de familias con dos progenitoras, como de familias con un progenitor masculino que se escaquea de asumir lo suyo y una progenitora femenina.

Porque una cosa es que alguien vaya al súper y otra que alguien decida que hay que ir al súper, recuerde y tenga en cuenta que se ha terminado la pasta de dientes y caiga en la cuenta de que en la nevera hay tres vales de descuento a punto de cadu-

car y eso sí que no. La primera parte, «que alguien vaya al súper», entraría dentro del apartado «tareas domésticas», y todo el resto en el apartado «disco duro». ¿Queda claro que hacer funcionar el disco duro es una pringada? Porque si no lo repito.

El caso es que traspasar la mitad de la información del disco duro cuesta. Hay aún demasiados hombres que se cuelgan la medallita de progenitores enrollados, porque lo son, pero que se hacen los suecos a la hora de asumir la tarea de usar la neurona y pensar y prever. De entender que el disco duro de sus compañeras está a punto de colapsar y que tienen el mismo derecho que ellos a tener el espacio mental para pensar en temas tan interesantes como qué vermut negro es mejor, si el del Matarraña o el de Reus.